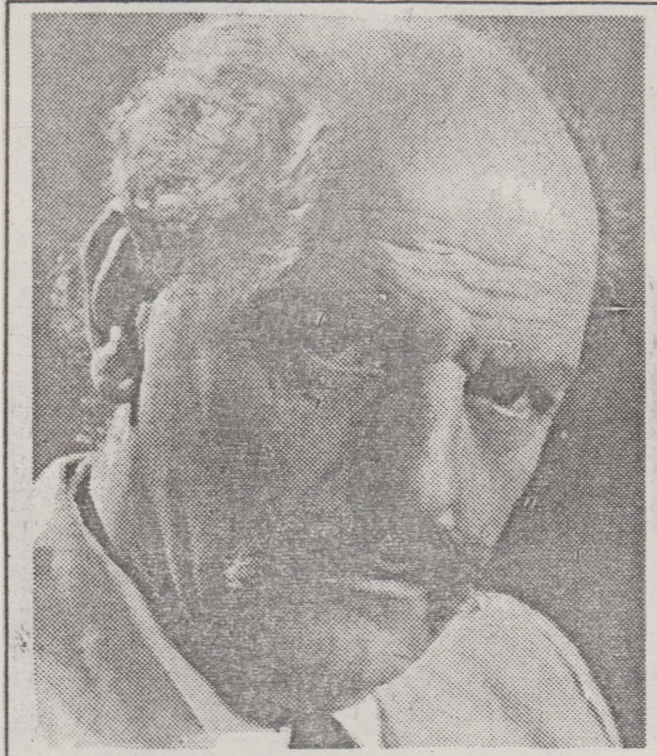


El Universal 3/12/78



## Sobre Críti

**D**e los que antaño llamábamos géneros públicos, muchos han perdido su relieve social (la oratoria religiosa por ejemplo), pero otros muchos han ido cobrando importancia, con frecuencia a partir de esas humildes cunas que motivan por periodos más o menos largos el desdén de los cultos del momento, hasta que el advenedizo o el bastardo desarrolle músculos suficientemente poderosos como para que haya que atenderlo y respetarlo.

Entre estos irónicos y sorprendentes desarrollos se encuentra el de la crítica cinematográfica. Sin la magnífica ascendencia de la literaria o la teatral, ha conquistado en las últimas décadas un lugar eminente entre los géneros públicos imponiendo modos heterodoxos del enjuiciamiento (el brutal sistema clasificatorio de los asteriscos) y conquistando un público tan vasto como basto que la ha homologado a un verdadero servicio público, al nivel de la lista de farmacias abiertas o la guía de televisión.

Desde que el cine comienza a desplazar al teatro como espectáculo público mayoritario hacia los años diez, crece la atención de los diarios para informar a sus lectores acerca de las "vistas" o el "biógrafo" que los ha de entretener los domingos, sin que las gacetas

os del

# ica Cinematográfica

*Por Angel Rama*

se parezcan en nada a críticas fundadas, aun cuando se refieran a obras maestras como *El gabinete del Dr. Caligari* o *La barquera María*. Todo funciona en el campo de la diversión y motiva menos discernimiento crítico que el circo: un poco lo que todavía viene pasando con la televisión que no ha logrado constituir entre nosotros un equipo crítico coherente al margen de la información farandulera.

En América Latina hay que esperar al cine parlante para que surjan los pioneros de la crítica cinematográfica, a quienes corresponderá dignificarla y conferirle fundamento. Son muchas veces escritores o talentosos aficionados (es el caso paradigmático de Arturo Despouey) que siguen viendo al cine como un sucedáneo teatral o literario, al que con dificultad desprenden de los otros géneros vecinos. Estos primeros críticos, así

como aquellos que cuando se produjo la bancarrota del cine mudo decidieron comprar por nada las obras maestras que la industria grosera y desdeñosamente abandonaba e hicieron esas colecciones legendarias donde se podía seguir viendo lo que sólo en New York o en Paris se conservaba, tanto unos como otros cumplieron la primera batalla por el "arte cinematográfico", distinguiéndolo rudamente de la "industria cinematográfica", cosa que ni el bello libro de Ehrenburg sobre Hollywood (*Fábrica de sueños*) fue capaz de percibir, aunque para entonces ya Griffith había hecho lo fundamental de su obra.

Tras estos pioneros viene, primero en las zonas más adelantadas cinematográficamente, la gran generación de los fundadores de la crítica de cine, curiosa brigada que se enfrenta a una tarea de Hércules: ver **todo** lo que semanalmente se estrena en una capital, que en el 95% de los casos era pura basura, informar al lector de qué tratan los filmes, cuáles son sus directores, actores, guionistas, **calificar** el producto y, por último, enfrentar la ira de los distribuidores acompañada de las consabidas presiones. Un tiempo heroico que se hizo con las

(Pasa a la Pág. siguiente)

# Sobre Crítica....

[Viene de la Pág. 1-22]

mayores dificultades: en los cuarenta no se disponía con la comodidad de hoy de las revistas americanas y europeas, ni de los lexicones anuales que actualmente pululan proporcionando al día la información filmográfica; pero además la preocupación culta dominante exigía trabajos desmesurados, como el cotejo de las obras originales (novelas, dramas) con las adaptaciones para medir a los escritores del cine o el análisis técnico de los fotógrafos y camarógrafos que infestó de "close up" y "travelling" el lenguaje crítico o la militancia pública para oponerse al "doblaje" que querían imponer las compañías cinematográficas americanas. Solamente alucinados como fueron los "fans" del cine, buenos conocedores de lenguas extranjeras empezando por el inglés, desvelados eruditos de una ciencia que circulaba en pequeñísimos cenáculos de iniciados, fueron capaces de la hazaña de dotarnos de una crítica cinematográfica adulta, capaz de competir con la que se ejercía en similares círculos de Estados Unidos y Europa.

En esta generación es obligatorio un nombre que es el de un "padre y maestro mágico": Homero Alsina Thevent, cuyas iniciales, HAT, popularizaron la sapiencia y el rigor, con un exclusivismo enfermizo que le llevó a recortar prácticamente el universo para transformarse en el ojo que mira y juzga en la sala a oscuras. Sus tiempos heroicos, su revista "Film", su magisterio en los principales semanarios argentinos, (Primera plana, Adán, Panorama) la serie de sus libros iniciado con uno consagrado a Ingmar Bergman que comenzó a escribir en los años cincuenta cuando el genial cineasta ni siquiera era una figura reconocida en Suecia, y que continuó con algunos de sus temas obsesivos: *El libro de la censura que apareció originariamente en 1972, y reapareció completada el año pasado (Lumen) consignando minuciosamente 287 casos de censura entre 1916 y 1976 con sus motivos políticos, industriales, económicos; el libro sobre Charlie Chaplin, publicado el año pasado por Bruguera coincidiendo con la muerte del actor; el libro sobre Orson Welles que ha venido haciendo a través de las versiones completadas de bibliografía americana, (El libro de El Ciudadano, La Flor, 1976).*

Puede disentirse con su concepción crítica del cine, puede polemizarse con sus afirmaciones categóricas e irónicas, pero no se discute que él estableció una regla de oro: en esta materia no se puede improvisar, el crítico debe estar cabalmente informado y cumple una función social relevante guiando a los espectadores y refinando su apreciación de las obras cinematográficas. Su concepción se ha demostrado sociológica tanto como estética, propia de una gran línea realista que podría reconocer como maestro a George Bernard Shaw.

De los cuarenta a los setenta el panorama ha mejorado en toda América Latina y ya quedan pocos críticos complacientes, esos del "tanteo" que hablan sobre lo que no conocen. La generación de fundadores entre quienes debe citarse a Hernando Valencia) ha sembrado su ejemplo y aún diría que los nuevos retoños se han excedido, si se piensa en la crítica iconoclasta, mordaz y brillante del mexicano Jorge Ayala Blanco, capaz de arrasarse entre una pirotección humorística, con los productos acomodaticios norteamericanos (su reciente crítica de *The Goodbye Girl* cotejando la tarea del guionista Neil Simon con la que hizo para *The odd Couple*) y no se diga con el cine de su propio país que parece hecho para sus sarcasmos. Lo mismo puede decirse, aunque en un tono moderado atento a las reglas del buen gusto, del equipo de jóvenes críticos colombianos que sostienen una revista excelente, *Cinemateca*(1), publicada por la *Cinemateca* distrital de Bogotá que dirige Isadora de

Norden. Después de la lamentable muerte de Andrés Caicedo, que había sido capaz a sus veinte años de crear la revista de Cali, *Ojo al cine*, una publicación excepcional por muchos conceptos, *Cinemateca* viene proponiendo desde hace dos años una lección de equilibrio, criterio estético y atención por el pujante cine latinoamericano.

Ninguno de estos críticos caen en las múltiples trampas que tienden el amiguismo, los intereses creados, el chauvinismo, el doctrinarismo (de izquierda o de derecha) y tampoco el esteticismo o el franco experimentalismo. Son ojos lúcidos que miran con rigor, que manejan una información sólida, que se sienten comprometidos con el público a quien saben que no pueden engañar y comprometidos con el mejoramiento del nivel artístico y social del cine. En el N° 5 de *Cinemateca* el análisis a que someten el III Festival de cine colombiano, organizado justamente por los mismos editores de la revista, es un modelo de independencia y de precisión. Nada aquí que se parezca a la jaladera al patrón o a sus caprichos, sino visión adulta, razonada y criteriosa de lo positivo y lo negativo de la muestra. Lo mismo puede decirse del espléndido panorama sobre el festival de Cannes y los comentarios de los últimos estrenos.

No es de extrañar que sea en esta revista *Cinemateca* donde el público venezolano puede encontrar la más imparcial, atenta y objetiva justipreciación de los filmes que vienen produciéndose en Venezuela, pero que dentro del país sólo pretextan una exaltación algo pueril. En el último número de *Cinemateca*, Diego Rojas R. analiza con cordialidad y buena disposición, pero también, como él dice, "sin el pretendido paternalismo acostumbrado", los filmes venezolanos que fueron proyectados en una semana por la *Cinemateca* distrital de Bogotá: *El pez que fuma*, *Se solicita muchacha*, *El rey del Joropo*, *Se llamaba S.N.*, *Simplicio*, *Adiós Alicia*, *Juan Vicente Gómez* (que es la única francamente elogiada), y *Crónica de un subversivo latinoamericano*. Este modo equilibrado y riguroso de medir los productos cinematográficos conduce a oportunos consejos que de ser atendidos beneficiarían a los cineastas y permite comprender por qué razones este cine no rebasa las fronteras patrias, quedando confinado a la tentación del peor público nacional, el masivo, el cual tampoco es capaz de sostener económicamente estas empresas.

En el número anterior de la misma revista, Alberto Navarro, con motivo de las tres películas venezolanas presentadas en el Festival de Cartagena (*Los tracaletros*, *El vividor*, *Soy un delincuente*) se permitió alertar con buenos modos a los cineastas venezolanos: "Un demonio chauvinista parece decir al oído de los cinematografistas venezolanos que se va por buen camino porque lo realizado podrá ser malo, pero es, en mayor o menor grado, venezolano. Ello puede ser hasta cierto punto, verdad, pero no es razón para estancarse —y se comienza a notar síntomas de estancamiento en el tratamiento uniforme de algunos temas y en la adopción de una gama de lugares comunes. Sólo con el vigoroso cuestionamiento de lo ejecutado hasta el momento, sólo desechando determinadas prácticas que parecen estar institucionalizándose, podrá el cine venezolano salir adelante".

Para esto sirve la crítica, para reflejar los rostros en un espejo objetivo, no idealizado ni hermoseado, para enseñar el rigor, la exigencia, la superación. La llamada crítica de "aliento" (con toda su gama de coartadas nacionalistas o pseudo-políticas o simplemente narcisistas) conduce a la peor dependencia, al fracaso y a la esterilidad. Sólo la crítica exigente, como enseñaron los fundadores del género, contribuirá al desarrollo del robusto cine latinoamericano que tanto necesitamos.

(1) *Cinemateca* es editado por el Instituto Distrital de Cultura y Turismo de Bogotá, carrera 7ª, N° 22-79, Bogotá.